

UN EXITO
sorprendente
está obteniendo el
primer libro de

Los Grandes Films
de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Los Hijos de Nadie

(3 EDICIONES)

PRONTO aparecerá el se-
gundo libro que
causará sensación por su asunto y
presentación.

Exito jamás
alcanzado por
libro alguno

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 72

25 cts.



MARUXA

por
**Paulette
Landais**
y **Florian Rey**
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción / Gran Vía Layetana, 17
Administración / Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 72

MARUXA

por **PAULETTE LANDAIS**

Marca: CELTA FILMS - Vigo

Exclusiva :-: E. Gonzalez - Madrid

Concesionario para Cataluña y Baleares:
INTERNACIONAL FILMS

Valencia, 278 Pral. - Barcelona

Argumento de la película de dicho título

I

En un lugar de Galicia—la tierra *meiga*—, lleno del encanto del cielo suave y de la gloria de los prados siempre florecidos, vivían Dorotea y Buenaventura, matrimonio de viejos aun de buen ver bien hallados con la existencia. Era mucha su hacienda y los frutos de sus campos de labrantío aumentábanse con los rendimientos de las fincas de su sobrina y pupila Rosa, rica heredera, cuyos bienes administraban ellos en calidad de tutores, mientras la joven, alumna interna en un colegio de la ciudad, comenzaba á sentir, al desprenderse de las gra-

cias de la adolescencia para adornarse con los magníficos dones de la juventud, la nostalgia de verse libre y ser la dueña de sus actos.

Hijo único de este matrimonio era un mozo de buena planta, Antonio de nombre, al cual educaban sus padres en la capital de la provincia con la esperanza de pulirlo para que un día fuese el marido de Rosa.

Entre los servidores de Buenaventura contaban dos pastores: Pablo, un recio zagalón, sencillo y cabal y Maruxa, rapaza tan fresca y guapa que era un alabar á Dios.

Pablo y Maruxa vigilaban juntos el pasto de sus rebaños y en las cumbres de los montes, solos en la soledad del paisaje, habíanse dicho, más con los ojos que de palabra, un hechizado secreto de amor.

Prenda de este secreto era la oveja blanca, de blancos vellones salpicados de nieve, bonita como un cordero pascual, tímida y cariñosa como una infanta, que Pablo le regaló un día diciéndole:

—Escogíla por más blanca que ninguna entre todo el rebaño. Para tí es. Has de la llamar "*Linda*".

Y entre los brazos de Maruxa, la oveja lanzó un balido alegre como la risa de un niño.

Todos los servidores de Buenaventura estaban bajo las órdenes inmediatas de Rufo, mayordomo de la casa, hombre ya entrado en años, socarrón y no mala persona.

Una mañana llamólo su amo y le dijo:

—Apareja los caballos, engánchalos al coche y vete á la estación á esperar á mi hijo.

—¿Y luego—preguntó Rufo— es que le llega hoy el señorito?

—Sí, hoy llega y por eso, que no por otra cosa, te digo que lo vayas á esperar.

Con Antonio llegó también una carta de Ro-

sa, en que ésta exponía á sus tíos su decidido propósito de abandonar el colegio.

Mal gesto pusieron los viejos á la carta de su sobrina. Advirtiéolo Rufo y comentó para su capote:

—Paréceme que la carta es como un ataque de reuma para los señores.

—Buen Rufo— le dijo su amo volviéndose á él—, mi sobrina estará aquí dentro de poco. Conviene disponer las cosas para que, á su regreso, lo encuentre todo á su gusto.

—Bien, mi amo.

—Desde hoy—añadió Buenaventura—prohibirás los amoríos de los mozos y diles de mi parte que si quieren enamorar busquen otra casa donde servir.

El gesto de asombro de Rufo fué tal que su amo hubo de observarlo.

—¿Qué te pasa?

Como buen gallego, el mayordomo repuso á la pregunta que le hacían con otra.

—¿Y entonces?—dijo—. La mocedad quiere cantigas y gusta de risas y de ello no se la puede privar.

—Si se puede ó no eso yo lo sé. Tú haces lo que yo te mando.

—Bien, mi amo.

Poco después los tutores de Rosa llamaban á su hijo, comenzando así á poner en práctica los planes que de tiempo atrás venían acariñando.

—Tu prima llega dentro de unos días—empezó por decir la madre.

—Ya sabes lo que ella debe ser para tí—arguyó Buenaventura—. Piensa que al casarte con tu prima nos evitas las molestias de tener que entregarle lo que es suyo y entonces esta hacienda quedaría tal cual y como está.

—No lo olvides, mi hijo. Tienes que enamo-

rar á la Rosa y casarte con ella y bien sábelo Dios que ni á tu padre ni á mí nos ciega el interés.

Antonio, que conocía perfectamente lo que cegaba á sus padres, guardó un discreto silencio.

Queriendo asegurar el éxito de sus proyectos el matrimonio pensó en Rufo.

—El es un hombre astuto y nos puede ayudar—dijo Dorotea.

Y, sin pedirlo, el mayordomo vióse mezclado en una intriga de familia.

—Gran Rufo, tan sólo tú con esa malicia que te rebosa del cuerpo puedes hacer que los rapaces se entiendan—le explicó Buenaventura.

El paisano sonrió satisfecho del elogio.

—¿Entendístelo ya?... Trátase de casarlos y con ello asegurarás tu pan en esta casa.

Para recibir á Rosa, pensaron sus tíos organizar una fiesta que fuera como una promesa de los alegres días que la esperaban si ella se quedaba á vivir con sus tutores, y antes de partir, camino de la ciudad, á buscar á Rosa, dieron al mayordomo órdenes en tal sentido.

—Tráete á los gaiteros, llamas á la chiquillada y entre todos que hagan por poner el grito bien alto... ¡Ah! no escatimes la pólvora.

Partieron los hacendados. Cruzáronse con Maruxa á la salida de la aldea. Vióla Antonio y la gracia sandosa y fresca de la garrida moza prendió en sus ojos lumbres de entusiasmo. Miróla al pasar y le sonrió.

El mayordomo, en tanto, dábase maña para que el recibimiento que debía tributarse á Rosa correspondiese á los deseos de los amos, y la zalagarda de gritos, zambombazos y cohetes que se produjo al llegar la colegiala fué algo que dió que hablar en más de una lengua á la redonda.

Los rumores de la fiesta tuvieron eco en los montes, donde Pablo y Maruxa, los dos pastores, felices al sentirse cerca el uno del otro, miraban á un mismo punto imaginario en el que ellos creían ver brotar el rosal de sus nacientes alegrías, el refugio cercado de colores claros en el que querían anidar sus esperanzas.

* * *

Desde que llegó Rosa, todos los días celebrábase misa en la iglesia de la aldea. Dispusieron así los viejos con el propósito de que los primos, encontrándose con frecuencia juntos y sintiéndose jóvenes, obedecieran á la ley natural de atracción de los cuerpos y que éstos ejercen entre sí cuando los madura el cariño; y de esta manera, poco á poco, siguiendo vías de disimulo y con plausibles pretextos, fueran acercándose hasta concluir por donde los viejos hubieran deseado que empezasen, ó sea, casándose.

Pero ni ella ni él parecían hallar placer alguno encontrándose á solas, como si no les interesase fraguar ese secreto que se guarda entre amantes y que se mima con las promesas que sólo florecen cuando las enciende el sol del deseo.

Buenaventura y su mujer eran todo ojos vigilando á los jóvenes, que, ciertamente, no daban motivos para que se les vigilase; y en su afán de acabar pronto y dar remate á sus planes, ideaban pequeñas habilidades.

—Rufo—decía el amo—, en cuanto se desayune la señorita ponte á sus órdenes para que conozca su hacienda.

—Como usted diga, mi amo.

—También puede acompañarnos Antonio.

—Bien, mi amo.

—Siempre que salgas con ellos procura dejarlos para que se encuentren solos.

—Ya le entiendo, mi amo.

—Como te dije el primer día, tú puedes hacer que la boda se haga antes del invierno.

—Por mi no ha de quedar, mi amo.

—¿Estamos entonces de acuerdo?

—Sí, señor, mi amo.

Y Rufo, haciendo el oficio de una *carabina* —señorita de compañía en romance— abandonaba la casa con Rosa y Antonio y juntos los tres iban por los caminos.

Por desgracia para los planes de los viejos, Rosa y Antonio no sentían complacencia alguna en esos paseos y aun dijérase que trataban de manifestarse su recíproco desapego con un tenaz silencio y con gestos desabridos en los que la cortesía no puso nunca su nota blanda y disimuladora.

Ella aburríase yendo con él y á él pasábale algo semejante, mientras su pensamiento llamaba á la zagala que un día surgiera ante sus ojos para iluminarle el alma con el tierno mirar de sus pupilas hondas, en las que las pasiones estaban aún como represadas.

Abrumada por el tedio del paseo, Rosa, en cuanto halló oportunidad, dejó á sus acompañantes.

Sola y sin rumbo, encaminóse por una *corredoira* llena de sombras nudosas y esmaltada por los hilos de agua de un regato.

De pronto se detuvo. Sus pasos habíanla conducido á la «Fuente del Consejo», fuente de aldea turbada por los murmullos, á donde, en los anocheceres acudían las mozas y los mozos á sostener pláticas de risas y de besos.

Sentado al borde de la fuente, Pablo, el pastor, soñaba con Maruxa y con la hoja de su

navaja desbastaba una vara de avellano grabando en su corteza el nombre de la zagala.

El aspecto fuerte, sano y de una noble belleza del hombre impresionó á Rosa, que se le acercó quedamente.

—Eres casi un artista— le dijo ella atrayendo su atención.

El pastor la miró con un punto de sorpresa.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Pablo, el pastor de la casa.

La joven deleitóse admirando la recia arquitectura y la viril arrogancia del pastor.

—¿Vienes aquí todas las tardes?

El en vez de contestar hizo también su pregunta:

—¿Es usted la señorita?

—Sí, yo soy la señorita y me alegro mucho de encontrarte.

—Fué un casual— repuso Pablo mirando hacia el camino.

Esperaba á alguien. Esperaba á Maruxa que llegaba en aquel momento. Su presencia contrarió vivamente á Rosa, que expresó su desagrado con un ademán imperioso.

Al quedarse solos, Pablo explicó á la zagala:

—Esa es la señorita. Dicen en la aldea que ella es el ama de todo, aunque el señor Buenaventura sea el que nos gobierne.

—Por ella fué la fiesta y la gaita de ayer. ¡Bien se le conoce el señorío!

Rufo, á quien la voluntad de su amo hubo de convertir en guarda de las buenas costumbres, descubrió á los pastores.

—Amoríos tenemos.... ¡Cristo con los mozos! En cuanto á ellos les apunta la barba y ellas tienen que apretarse el corpiño, ya no hay quién los contenga.... No, pues esto no puede seguir.

Alzó su cayado y con voz bronca les gritó:

—Ayer vos dije que se acabaron los colochios.

—Señor Rufo —repuso Pablo— ésta y yo no hablábamos mal de *naide*.

—¡Ay que *lerial*! A lo que mandan me atengo. *Comprendéme*: no quiero galanes.

— Señor Rufo, ni ésta ni yo lo *semos* aún.

—¡Pero, *recodiol*! ¿querédesme engañar? ¿No lo ven mis ojos, estos ojos que se ha de comer la tierra?

— Señor Rufo, no hay *pior* mal que el del que no vé y á usted *seica* le va faltando la vista.

— Tienes la lengua larga, Pablo.... ¿Qué dirá la señorita si se entera de que en vez de *cuidarvos* del ganado *venides* aquí á *parolar* de lo que ni á ella ni á mi ni es facil que á vosotros vos importe?

— *Abofé* que la señorita no se acuerda de los *probes* como nosotros.

— Lo dicho, Pablo.... Lo dicho, Maruxa.... Cada uno á su obligación y haya paz.

Y mientras Rufo, cumpliendo las órdenes de su amo, cuida de que los mozos y las mozas no se cortejen, allá en la casa, Buenaventura y Dorotea se desesperan viendo que Rosa huye de Antonio, que Antonio no busca á Rosa, que Rosa se dedica á matar el tiempo jugando con la chiquillería en vez de matarlo *conjugando* el verbo amar con su primo y que los días pasan sin que sus proyectos adelanten nada.

Así las cosas, pensando Buenaventura en la conveniencia de aproximar más á los jóvenes, dijo un día á su sobrina:

—¿Qué te parece si nos fuéramos á pasar un mes en tu quinta la «*Chicharra*»?

—Me parece mal.

La señora Dorotea abrió unos ojos de pasmo.

—Es un pecado hablar como lo haces, *neniña*, ¡La «*Chicharra*» es una finca como no hay otra por todos estos contornos!

—Pues si ustedes quieren ir, váyanse. Yo me quedo.

La conversación se interrumpió por la pre-



—Señor Rufo, no hay *pior* mal que el del que no vé...

sencia de una comisión formada por el señor Cura, Saturio el sacristán, Dionisio el alcalde pedáneo, Toribio el secretario y el señor Juan, que aunque era más cerril que una mula falsa, como había traído cuartos de América, gozaba de cierta autoridad en la aldea.

—Venimos, señorita, por si quiere honrarnos

acudiendo á la romería de nuestro patrón San Pedro—dijo el cura.

—Encantada, les prometo asistir... Ahora siéntense y les darán de merendar.

—No se moleste, señorita—rogó compungido el sacristán.

—No se moleste—repitió Dionisio.

Y Toribio y el señor Juan dijeron á coro:

—No se moleste.

De mala gana accedió Dorotea á *echarles de comer* á los comisionados, pero por no contrariar á su sobrina, cumplió el encargo de ésta, sirviéndoles una fuente colmada de rosquillas y un jarro de vino.

No bien volvió la espalda la mujer de Buenaventura, la comisión alargó sus ocho manos precipitándose sobre los dulces y á dos carrillos engulleron todo lo que había que engullir, menos la bandeja porque era de roble.

Días más tarde, con motivo de la fiesta, los caminos que conducían á la ermita bulleron de gente. Incluso Rufo *caballero* en un rucio, marchaba por entre los romeros, siguiendo á sus amos, que iban delante en su coche.

Llena de gracia, con saya de raso, manteleta de terciopelo, corpiño de lienzo y arracadas y collares, Maruxa, en el atrio de la iglesia, miraba hacia el monte.

Prontó vió aparecer á Pablo y los dos pastores corrieron á encontrarse.

—Rapaza, pusiste hoy las mejores galas.

Ella le agradeció sus palabras y repuso:

—Tampoco tú quedaste atrás; camisa de lino, faja de lana... ¿Quién te conoce?

Satisfechos de hallarse unidos por los mismos sentires, se miraron los pastores, rociándosele á ella las mejillas de polvo de rosas y alzándosele á él el pecho con un bravo respi-

rar de quien tiene ansias de acometer grandes empresas.

—Bailemos, ¿quieres?

Y Pablo y Maruxa trenzaron los pies siguiendo los compases de una *muñeira*.

Rosa, espectadora de la fiesta, columbró á



—Rapaza, pusiste hoy las mejores galas.

Pablo y deseó encontrarse á solas con él, mientras Antonio, viendo á Maruxa, deseó lo mismo respecto á la Pastora.

Y fué Rufo la víctima de estos manejos.

—Rufo—le dijo Rosa—, es necesario que tú, sin que los tíos lo sepan, busques la manera de que yo hable á Pablo.

—Rufo—le dijo Antonio—, es necesario que tú, sin que mis padres se enteren, busques la manera de que yo hable á Maruxa.

Y Rufo, echándose las manos á la cabeza, lamentóse:

—Rufo, lo mejor que puedes hacer es morirte. Sí, Rufo, que te entierren, que te pongan encima una losa que pese cien quintales y así no volverás á oír á los primitos.

Para colmo de desdichas al día siguiente lo llamó su amo.

—Supongo, mi buen Rufo—le dijo Buena-ventura—, que como cosa á tí confiada, todo irá de perilla.

El pobre Rufo hubiera querido desaparecer en aquel instante. Dióse ánimos, sin embargo, y dijo procurando no comprometerse con palabra de más ni de menos:

—Yo espero que si las cosas se arreglan, pronto lo veremos, y si no se arreglan... verémoslo también.

II

Amanece un día claro. La caricia del sol dora los montes. De los valles asciende la bruma que el viento rompe en hilachas. Se oye un manso balido. Por las laderas suben los reventales y corren las ovejas descabezando con los dientes las flores de los campos.

Maruxa piensa en su pastor. Recuerda el día de la fiesta, en que juntos gustaron el goce del baile y de la voluptuosa embriaguez de sus sentidos, despiertos por la rumorosa exaltación de la romería.

Lejos de ella, detrás de su rebaño, marcha Pablo pensando á su vez en Maruxa y se estre- mece al recuerdo de la tarde de la fiesta, en que sus deseos se animaron excitados por la danza.

La voz de Pablo rompe el silencio de la ma-

ñana lanzando al aire la copla que acaba de nacer por modo espontáneo en su alma:

*"Herido de mal de amores
estoy por una rapaza
Si no me quiere me muero
y si me quiere me mata."*

En alas del viento vuela la canción hasta Maruxa cuyos ojos dardean miradas sobre los caminos y logran al fin descubrir al galán, que viene hacia ella.



Maruxa piensa en su pastor.

—¿Qué me dices Maruxa?

—Yo te diría si me atreviese que eres tan tonto como mi "*Linda*"...

Maruxa acaricia á la oveja, que mecen sus brazos.

—Pero también te digo—añade—que eres un guapo mozo.

Pablo se turba. El quisiera hablar, pero no se le ocurre nada.

—¿Y tú qué me cuentas?—le pregunta Maruxa.

—Yo te contaría si me atreviese...

Ella finge sorpresa y rubor.

—Pues atrévete—le dice.

—Yo te contaría que eres la moza más garri-da de la aldea.

—¿Créelo tú así?

—¡Ainda mais!

—Ganas de broma tienes, Pablo.

—Y también de otra cosa tengo gana, Ma-
ruxa.

—Tú dirás...

—No me atrevo.

—Anda, dilo...

Y como de costumbre mostróse entonces el
mayordomo de Buenaventura.

Los pastores se rieron al verlo.

—¡Ganapanes!—chilló Rufo—. No vos basta
con hacer vuestro antojo sino que *ainda* encima
vos mofáis... Diréselo al amo.

Siguió Rufo su camino y Maruxa, mordis-
queando una hierbezuela, sonrió al pastor.

—¿Entonces—preguntó—no me dices de lo
que tienes gana?

—Decir decíalo...

—Mucho te cuesta.

—Tengo gana... ¡Carafio, no me atrevo!

—Pues atrévete.

—Ahí va... Dame esa hierba con la *boquiña*.

—¡Ay qué *ladino*!

—¿No me la das?

—Si no es para mal...

Rufo torció en aquel preciso instante la ca-
beza y observó que los pastores unían sus bo-
cas. Y, perplejo, no sabiendo si reír ó llorar,
cantó:

—“*Gon, golondrón, golondrón que á mi
goñ, golondrón, me preguntan así...*”

Volvió á mirar. Los pastores seguían re-
creándose en su primer beso. Rufo, entonces,
no queriendo ser testigo de tal desacato á las
órdenes del amo, huyó monte abajo aturdién-
dose con su canto:

—“*Rufo feliz, golondrón, golondrón,*

Dime, dime por qué llevas ese zurrón.”

A la misma hora y por el mismo sendero
venían, en dirección contraria al mayordomo,
Rosa y Antonio, discutiendo con palabras du-
ras y agrias.

—¿Por qué me acompañas?—le preguntaba
ella.

—Porque no debes andar sola por estos si-
tios.

—¿Y á tí qué te importa eso?

—Á decir verdad no me importa mucho. Es
á mis padres á quienes les preocupa que tú
puedas ser víctima de cualquier accidente yen-
do sin compañía.

—Eres un impertinente, Antonio.

—Y tú una mal educada, Rosa.

Rufo, que los oía, rumoreó:

—Estova bien. ¡Cómo se quieren los primitos!

—Ya sabes que no quiero que me acompa-
ñes, ni tú ni nadie—dijo Rosa á su primo.

—Lo sé y, sin embargo, voy á donde tu vas
obedeciendo á mis padres.

—Yo no necesito niñera, y en último caso,
me basta con Rufo.

Lastimado por el desplante de su prima, An-
tonio la dejó, volviendo sobre sus pasos.

Rosa llamó entonces al mayordomo.

—Busca á Pablo, el pastor, y traémelo aquí.
Quiero hablar con él.

Rufo tuvo deseos de volver á cantar el “*go-
londrón*”, deseos que contuvo reduciéndose á
exclamar:



Lo dicho, Pablo... Lo dicho, Maruxa... Cada uno á su obligación y haya paz.

—¡Esta señorita está local! Ahora resulta que le gusta el pastor.

Y en vez de dirigirse al monte en busca de Pablo, regresó á la casa de su amo, que le esperaba para inquirir de él noticias acerca de la marcha de los amores de los chicos.

—¿Qué, se arreglan los primos?

—Ya lo creo... Locos de atar están los dos.

—¿Qué dices, Rufo?

—Lo que oye, mi amo.

—Pero entonces... ¡Ay Rufo, Rufo, tú no sirves para nada!

Al separarse de su prima, Antonio, que había salido con la escopeta, tomó el camino del monte. Andando, andando acordóse de Maruxa, cuya belleza le animó á obtener de ella lo que nunca podría obtener de Rosa, cada día más arisca y desagradable.

Al mismo tiempo ella buscaba al pastor y daba con él en la «Fuente del Consejo».

—Buenos días, Pablo.

—Buenos días, señorita.

—¿Cuánto tiempo hace que eres pastor?

—Desde que nací, como si dijéramos, señorita. No le conozco otro oficio. Mi padre le fué pastor y mi madre andúvole con ovejas en el monte.

—Pablo, tú debes dejar de ser pastor.

—No la entiendo, señorita.

—Ya te lo explicaré.

Otra vez Rufo, como siempre, presentóse en la fuente, cual si fuera su destino el de sorprender los diálogos de todas las parejas.

—¡Qué poco discreto eres, Rufo!

—Es mi *sino*, señorita.

—Bueno, arréglate para que Maruxa desaparezca del lugar.

En el monte, Maruxa, con su «Linda» en los

brazos, oía sin comprenderlo, lo que le decía Antonio.

—¿Sabes una cosa, Maruxa?

—Usted dirá, señorito.

—Eres una rapaza muy guapa.

Rufo, fatalmente, llegó cerca de ellos cuando Antonio se decidía á expresar su entusiasmo á la zagala, la cual, al ver al mayordomo, apartóse del hijo del amo, yendo á reunirse con sus ovejas.



—¿Sabes una cosa, Maruxa?

—Eres inoportuno y torpe, Rufo—le dijo Antonio con expresión dura.

—¿Y yo qué le voy hacer? Ella me dice que suba al monte, usted que no suba... ¡y Rufo no sabe ya dónde meterse!

Volvióse Rufo y la primera pregunta que le hizo Rosa fué la siguiente:

—¿Encontraste á Maruxa?

—Encontréla, señorita.

—¿Y cumpliste mi encargo?

—No pude, señorita.

—¿Por qué?

—Porque allí estaba el hijo del amo hablando con la pastora.

—No es verdad lo que dices, Rufo.

—Yo los *vide*, señorita.

En los ojos de la joven cuajóse con una lágrima una mirada triste, que se orientó hacia Antonio, quien, después de marcharse el mayordomo, buscaba de nuevo á Maruxa.

El hijo de Buenaventura seguía las huellas de la zagala. Tuvo que saltar una cerca y, al hacerlo, se le disparó la escopeta. Un grito de angustia aleteó clamoroso. Corrió Antonio en dirección á una espesura próxima y sorprendió sollozando á Maruxa.

—¿Por qué lloras?

—¡Mi «Linda» que se ha escapado!—gimió ella.

El ruido de la detonación, sembrando el miedo en la ovejita, la hizo saltar de los brazos de su dueña, para correr enloquecida por el monte. Y Maruxa lloraba con una íntima desesperación, como si al abandonarla la «Linda» también la hubiese abandonado el cariño del pastor que se la regaló.

—No llores, rapaza.

—Yo quiero mi «Linda». No hay otra como ella.

Las lágrimas surcaban el rostro de la apenada moza. Antonio advirtió que el daño que acababa de causarle, le alejaba de ella y quiso remediarlo buscando la oveja perdida.

—Yo te la traeré, Maruxa.

—Tráigamela, señorito, y hará un gran bien. ¡Cuitada de mí que no la supe guardar!

¡Pobre Maruxa! La oveja blanca, de blancos vellones como salpicados de nieve, la

«Linda» graciosa que triscaba á su alrededor cuando ella, tumbada en el monte, vigilaba el pasto del rebaño, aquella «Linda» que era la prenda primera que le ofreció su pastor, había huido. ¿Cómo decirselo á él? ¿De qué disculpa valerse?... ¡Pobre Maruxa!

—¡Prenda tenial! El mi Pablo me la dió. Prenda tenía y el *diaño* me la robó... ¡Cuitada de mí!

Rosa, que seguida de Rufo buscaba á Maruxa, halló á la moza consumida de pena.

—¿Quién te hizo mal?—preguntóle Rufo.

—¿Tú lloras?—dijo Rosa.

—¡Prenda tenial! El mi Pablo me la dió. Prenda tenía y el *diaño* me la robó... Cuitada de mí—exclamó Maruxa.

—Vamos, deja de llorar. Tengo que darte una noticia que ha de alegrarte.

—¡Acabáronse las alegrías para mí, que la mi «Linda» fuese y no ha de volver!

—No seas tonta. Mañana me voy á la «Chicharra» y te llevo conmigo. Verás como dentro de poco ya no te acuerdas de tu «Linda».

Rufo oía y callaba, pero su pensamiento inquieto decía:

—¡Malol! ¡Malísimo! ¡Peor que malo!... Esto va acabar en *tragedia*. ¡Dios nos asistal!

III

La marcha de Maruxa con los amos dejó tras sí un surco de congoja, en el que se hundieron los pies de Pablo.

Hasta él, huyendo de su propio miedo, había llegado la «Linda», y con la oveja en brazos, el pastor presentóse en el caserío para devolvérsela á su dueña.

Le extrañó el silencio que rodeaba la casa de los amos. Llamó á la puerta con un doloroso presentimiento y Rufo respondió á su llamada.

—¿Qué te trae por aquí?

—¿Y Maruxa? ¿No sabe de ella? Perdió la oveja y véngosela á traer.

—Pues... ¿qué quieres que te diga? Maruxa fuese de mañana con los amos á la "Chicharra."

Todo aquel día, el pastor, solo en el monte, penó por la ausencia de la zagala. Llegó la noche, una noche blanca de luna, llena de rumores y de aromas, y Pablo solo en el monte, recordó otras noches como aquella en que él,



—No seas tonta. Mañana me voy á la "Chicharra" y te llevo conmigo.

llevando cogida del talle á la moza, iba por los pinares diciendo cantigas de amor, los ojos puestos en los ojos de ella y los labios cerca de los labios de ella.

¿Qué había sucedido para que esta ventura se interrumpiese?

Rosa, aunque insegura de la finalidad que perseguía separando á los pastores, no vaciló, sin embargo, en llevarse á Maruxa á la finca,

dejando que Pablo se atormentase con la determinación de su caprichosa amita. Pero no pudo evitar que él y ella se sostuviesen en el recuerdo animados por la felicidad de los días que dejaban atrás y sostenidos por la esperanza de que no sería eterna la separación.

A los viejos, dominados por la idea fija de casar á los primos, parecíoles de perlas el brusco deseo de Rosa de ir á pasar unos días en la "Chicharra" y de buen grado se prestaron á acompañarla, pensando, sin duda, que los jóvenes, al no tener otra distracción que la que podía ofrecerles el paisaje, concluirían por dar realidad á sus planes iniciando sus vidas en una nueva fase sentimental. Ellos nada sabían de la persecución de Pablo por Rosa ni del cortejo de Maruxa por Antonio.

Rufo convirtiéndose al advenir este nuevo estado de cosas, en el marchante y recadero, que de la finca á la aldea y de la aldea á la finca iba y venía llenando los menesteres de su nuevo cargo.

A los pocos días de instalarse en la Chicharra, Rosa dijo al mayordomo:

—Vete á la aldea, busca á Pablo y haz que le escriba á Maruxa.

—Ya la tenemos armada—pensó Rufo.

—Y dígame, señorita; ¿cómo ha de ser la carta?

—Eso no se pregunta; la carta ha de ser cariñosa.

—¿Mucho ó poco?—tornó á preguntar Rufo.

—Mucho y basta de conversación.

—Es que á luego uno no atina y le zumban los oídos con que: «Si te estás volviendo tonto. ¡Qué bruto eres, Rufo!» Y uno, ¡caray! ya no se hace á oír ciertas cosas.

—No te preocupes; haz lo que te digo, que nadie ha de reñirte por eso.

—Entonces á la paz de Dios, señorita.

Antonio, que había oído esta conversación, quiso utilizarla en su provecho y aquella tarde, encontrándose á solas con Maruxa, le dijo:

—Vengo de la aldea y traigo noticias de Pablo.

A la moza se le alegró el semblante.

—Dice que te va á escribir y que te ha de mandar otra "*Linda*".

Ella le oía y dudaba de que fuese verdad lo que le decía Antonio. Pero ¿por qué había de ser mentira?

—¿Quieres algo para él?—prosiguió el hijo de Buenaventura.—Yo lo veré esta tarde.

La moza se puso á pensar en qué cosa podía mandarle.

—Anda, no seas *tontiña*. Dame un beso... para él y otro para la "*Linda*". Te aseguro que cumpliré el encargo.

Ella vaciló. Con gusto le mandaría un beso á Pablo y otro á su "*Linda*". Ahora que...

—¿Cómo le he de dar los besos?—preguntó.

—Mira, dámelos en la boca y así los llevo presos con los dientes para que no se me escapen.

Y Maruxa ofreció su boca ingenuamente, para que él tomase el encargo.

Súbitamente abrióse la puerta del patio y entraron Buenaventura, su mujer y Rosa.

—Lo que hemos visto no puede negarse. ¿Qué haces tú aquí, Maruxa?—preguntó el amo.

—Echábale de comer á las gallinas.

—¡Con que le echabas de comer á las gallinas!

—Sí, señor, y vino el señorito y me dijo que si le daba algún encargo para Pablo y fué y me dijo que debía mandar dos besos: uno para

mi pastor y otro para mi "*Linda*"... Y eso es todo.

Buenaventura volvióse á su hijo:

—¿Este es el caso que haces de nuestros consejos?

Antonio adoptó la postura del reo y oyó sumiso las reconvenciones de los viejos. Poco después los sorprendió en un instante en que no estaba con ellos Rosa y les dijo:

—Ustedes piensan que su Antonio es un bobo, sin darse cuenta que el beso á la pastora fué para darle celos á Rosa.

Las nubes de ira que cubrían los rostros de los padres, se disiparon empujados por el soplo de estas palabras.

—Ahora verán ustedes—añadió Antonio—lo *loquiña* que por mí se pone Rosa.

—¡Qué avisgado eres, rapaz!—exclamó complacido Buenaventura.

Rufo marchaba entonces camino de la aldea, y no bien llegó, lo primero que hizo fué buscar á Pablo.

Era ya de noche cuando lo encontró y juntos entraron en una taberna, el uno para hablar de Maruxa y el otro para preguntar por ella. Haciendo de amanuense, Rufo escribió la carta que con destino á la zagala le dictó el pastor, y á la mañana siguiente, cumplido el encargo de la señorita, volvió á la "*Chicharra*".

Cada vez sentíase más confundido por los manejos de Rosa. No comprendía su conducta y por más que lo procuraba, no lograba explicársela. Así que, turulato y lleno de perplejidad, no sabiendo el objeto de tanta argucia como empleaba Rosa para separar á los pastores y luego citarlos, daba vueltas en su pensamiento á este lío y concluyó por decirse:

«Si la señora quiere al pastor, ¿por qué me dijo que sin demora

buscara á Pablo y que escribiera dando una cita á su pastora?

Nada... estoy loco... ¡Qué vayan al diablo el primo, Maruxa, pastor y señora!

Al llegar Rufo á la "Chicharra", Rosa que lo esperaba, salióle al encuentro.

—¿Cumpliste mi encargo?—le preguntó.

Por toda respuesta el mayordomo extrajo de su zurrón la carta de Pablo para Maruxa.

—¿No era esto lo que quería la señorita?

—Bien, Rufo. Nadie como tú para hacer las cosas á mi gusto.

—Uno hace lo que puede.

Rosa apresuróse á llevarle la carta á la zagala.

—Carta de Pablo para tí—le dijo.

—¡Carta de mi pastor! ¡Dadme sus letras á besar!

Maruxa cogió la carta y comenzó á moverla en distintos sentidos. Por último, como si se acordase, dijo:

—Yo no sé leer.

—Que la lea prima Rosa—indicó Antonio que se hallaba presente.

La voz de Rosa trinó diciendo las consejas de amores que el meollo de Rufo había compuesto la noche anterior, y la moza, oyendo los decires de Pablo, sonreía gozosa.

—Ahora yo te contestaré á la carta y luego se la daremos á Rufo para que la lleve.

Entraron en la casa. Rosa se dispuso á escribir.

«Pablo mío, yo me muero de pasión...»

—Esto va afligirle mucho—dijo Maruxa.

—No digas tonterías. Esto le agradará.

—Como usted quiera, señorita. Una no entiende de letras.

Rosa siguió escribiendo:

«Ven mi Pablo, que te espero para darte un tierno abrazo...»

A Maruxa lo del abrazo se le antojó que ni escrito por ella. Sin embargo, repuso:

—Paréceme poco un abrazo. En vez de uno, ponga dos ó tres, ó más...

—Caramba, Maruxa, cómo te explicas!

—Perdone la señorita. Una como no sabe de escritura... pues claro... dígame que lo espero á las *nueve*.

Rosa escribió:

«A las *ocho* aquí te espero...»

Fuera en el jardín, Rufo esperaba leyendo un viejo libro de máximas,—que ni él mismo sabía cómo llegó á sus manos—, á que la señorita concluyera la redacción de la carta.

Había en su actitud de paisano amigo de burlas, una compostura de clérigo leyendo el libro. Sobre sus narices cabalgaban unas gafas orinientas y sus ojos mirando por encima de los cristales dirigíanse hacia la casa donde se hallaban Rosa y Maruxa.

Después de un rato de lectura cerró el libro dejando un dedo como señal entre sus páginas y meditó:

—La mujer es como el diablo, dice el libro y dice bien.

Más que nadie, más que el mismo autor, tenía él derecho á saberlo, ya que por su culpa andaba azacaneado de la aldea á la finca, de la finca á la aldea, de Pablo á Maruxa, de Maruxa á Pablo, de Rosa al amo y del amo á Antonio, pasando por la señora Dorotea, sin que pudiese penetrar el sentido de la intriga cuyos hilos manejaba Rosa.

Salieron al fin de la casa la señorita y la pastora.

—Esta carta para Pablo. Dile que se fije en ella; en la hora, las *ocho*.

—Ya se lo diré. Descuide.

—Confío en tí, Rufo.

—Y hace bien en confiar, señorita. Soy de ley y en sirviendo á buenos amos no hay quién me tuerza.



—Paréceme poco un abrazo. En vez de uno ponga dos ó tres, ó más...

Quando ya se marchaba el mayordomo acercósele Maruxa.

—Buen Rufo—le dijo—, de mi parte á Pablo que no se olvide de la hora. A las *nueve*.

El mayordomo, presintiendo entonces los propósitos de su ama, pensó desbaratarlos adelantando la hora, cambiando las ocho por las *nueve*.

Pocos pasos más allá lo detuvo Antonio, leyó la carta y corrigió la hora, retrasándola, quedando, pues, la hora en las *ocho*.

—¡Otro lío con las horas!—pensó Rufo.

Y cada vez más confundido llegó á la aldea, entrevistóse con el pastor y acordaron salir, ya anochecido, para la «*Chicharra*».

A poco de ponerse el sol, el cielo se ennegreció. Grandes nubes negras corrían empujadas por un viento tempestuoso. Era en la época de las tormentas de otoño. Estaba pesada la atmósfera. No llovía aún. De los vientres de las nubes comenzaban á proyectarse los fuegos de los rayos. Trepidaba el aire con el horrísono sonar del trueno. Oleadas calientes corrían por los campos y azotaban los rostros de los caminantes.

Rufo y Pablo, sin cuidarse del temporal que se avecinaba, pusieron en marcha.

No se veía el camino. Las sombras de la noche y las sombras de las nubes se hacinaban delante de sus piés. De cuando en cuando fulguraba un relámpago y en las sombras destacábanse, como espectros, unos árboles verdosos, lívidos, tristes, como agonizantes.

Comenzó á llover. El agua precipitóse en torrentes sobre la tierra. Era una lluvia de gotas gruesas y pesadas, que golpeaban los miembros y herían la cara.

El viento volvióle del revés el paraguas á Rufo, que se lamentó:

—¿Pero quién me habrá metido á mí en estos trotes?

—No te incomodes, Rufo—le dijo el pastor.

—¡Pues no me ha de incomodar!... Tengo los cincuenta cumplidos, llevo sirviendo en la casa del señor Buenaventura desde los treinta, y ahora, á mis años, me llevan y me traen con cartitas y líos y más líos.

Caminaban por un pinar, que se encendió todo él alumbrado por la luz de un relámpago.

—¡Jesús me valga!—exclamó Rufo—. Casi pienso en volverme atrás.

—Ya estamos á mitad del camino.

—Por eso sigo que sinó...

Mientras, allá en la "Chicharra" Maruxa, Rosa y Antonio esperaban impacientes que sonase su hora, que no sabían aún si les traería una alegría ó una amargura.

Cerca ya de las ocho, llegaron Pablo y Rufo á la quinta.

—Muy cerca es ya de la hora—dijo el pastor.

—Tú calla y espera, que Maruxa aquí vendrá.

—No se vé nada. Dame miedo de que ella tampoco me vea.

—Pues abre tú bien los ojos y como tú la veas, no dejes que se te escape.

Instantes después llegaba la pastora, avisada oportunamente por Rufo, al sitio de la cita. Traía recogida la falda á la cabeza para defenderse de la lluvia. Pablo la vió enseguida y la llamó.

—Creí que no vendrías.

—Pues creíste mal.

—Ahora ya no habrá quién nos separe.

—Tú lo dijiste. Anda, vámonos antes de que nadie se entere.

Al mismo tiempo salían de la casa otra pastora y otro pastor. ¿Quiénes eran?

Ella viendo la sombra de otra mujer, que se deslizaba entonces hacia la salida de la quinta se sobresaltó.

—Me pareció la Maruxa—dijo—pero aun no es la hora.

Y él viendo la sombra de otro hombre, que se deslizaba también hacia la salida de la quinta, dijo:

—¿Será Pablo que no ha tenido paciencia de esperar y llegó antes de tiempo?

Y la pastora y el pastor, que acababan de salir de la casa, se encontraron en el mismo sitio donde instantes antes se habían encontrado Pablo y Maruxa.

—Pablo, Pablo, ven aquí—llamó ella.

El corrió hacia su pastora, estrechóla en sus brazos y dijo:

—¡Mi Maruxal!

Y Rufo, más que nunca asombrado, asomóse á la escena y exclamó:

—Caracoles! ¡Los dos primitos vestidos de pastores!...

El ruido de los pasos había alborotado al perro de la finca y sus ladridos despertaron á los viejos, que llenos de inquietud, salieron á indagar los motivos de la alarma del perro.

Se detuvieron oyendo pasos.

—¿Quién andaré por ahí?

Avanzaron cautelosamente y de pronto, al revolver de un sendero, hallaron á Rosa y á Antonio vestidos de pastores y abrazados.

—Pero tú así vestido—dijo el padre al hijo—. ¿Qué significa esto?

—¿Y tú rapaza—preguntó la señora Doro-tea á su sobrina—á estas horas y con este traje?

Antonio y Rosa se miraron. La situación comprometida en que se hallaban los despertó de su error. Equivocación era, en verdad, su intento de separar á Pablo y Maruxa; y la fuerza del amor de los pastores fué el acicate que hizo brotar de sus corazones el ansia de amarse.

Un viento suave comenzó á empujar las nubes, arrastrándolas hacia otros horizontes. Mostróse entre los desgarrones de las sombras celestes un girón de azul y asomó el rostro luminoso de una estrella.

Y Antonio y Rosa, observando la perplejidad de los viejos, se explicaron:

—Como yo amo á Rosa, tenía celos del pastor—dijo él.

—Y como yo quiero á Antonio, estaba celosa de Maruxa—dijo ella.

Cumplidos quedaban los deseos de los viejos que, remozados por la alegría, sintieron el afán de abrazarse.

Y su ejemplo fué tan elocuente que Antonio y Rosa, abriendo sus almas á los transportes de las delicias nupciales, tornaron á unirse, fundiendo sus alientos en un beso.

Rufo, espectador silencioso, avergonzóse de no tener también una mujer ó algo que se le pareciese á quien abrazar.

—No me queda más que ver-dijo-. Cada cual se agarra á lo que más cerca encuentra y yo...

Rufo miró su paraguas, lo miró bien y, har-to de contemplarlo, abrazóse á su roto varillaje.

FIN

(Prohibida la reproducción)

PRÓXIMO NÚMERO:

La hija del nuevo rico

Deliciosa comedia dramática, interpretada por los geniales artistas alemanes WERNER KRAUSS y LEE PARRY.

Postal-fotografía: MARY PHILBIN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio: 25 céntimos.

PRONTO: La monumental super-joya del
PROGRAMA AJURIA ESPECIAL

¿Por qué cambiar de esposa?

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA